



LOS ROBOTS SEGÚN DICK

O

YO SOY UN ANDROIDE Y VOSOTROS SIMULACROS

Dick, correctamente administrado, provoca una agradable sensación de frescura.

Decir a estas alturas que Philip K. Dick no fue un escritor de ciencia-ficción convencional es algo que sólo podría sorprender a quien no lo hubiera leído. A pesar de poseer un estilo sencillo, directo y sin florituras estilísticas (quizás lo más convencional que podemos encontrar en él), sus relatos y novelas no se ajustan a los cánones que rigen el núcleo duro del género; en particular a los que lo regían durante su vida productiva, gran parte de la cual transcurrió mientras ese núcleo era poco menos que la única alternativa.

Esto es evidente en los temas importantes que sus escritos abordaron, en los que la exactitud de la especulación científica, aunque nunca evitada, no se materializó más que como *atrezzo* de sus historias o como telón de fondo en el que evolucionaban los verdaderos monstruos que eran diseccionados por su pluma. Así, cuando hablaba de la expansión del hombre por el espacio (*Tiempo Marciano*, *Los Tres Estigmas de Palmer Eldritch*, *¿Sueñan los Androides con Ovejas Eléctricas?*,...) todo giraba más bien en torno a la soledad del individuo, a su manipulación por otros o por poderes inefables, a su propia identidad como tal, a la empatía. Cuando plasmaba sociedades futuras (*La Penúltima Verdad*, *El Hombre en el Castillo*, *Lotería Solar*, *Deus Irae*,...) no lo hacía para trazar con precisión los planos tecnológicos sobre los que se edificaría nuestra vida actual, al estilo *Verniano*. Cuando razas alienígenas saltaban de su imaginación al papel (*Aquí yace el Wub*, *Impostor*, o de nuevo *Los Tres Estigmas*...) no era para describir sus asombrosas anatomías o las limitaciones o ventajas que aquéllas les permitían, fruto de extraños cursos de la evolución en planetas de estrellas distantes.

Digamos, si se me permite la expresión, que en ese aspecto Dick era el otro extremo del espectro que nacía en Clarke, por citar sólo a uno de los más claros representantes de la *hard-SF* en la que navegaba el género durante los 50 y los 60 del siglo pasado. Póngase Egan, por ejemplo, para actualizar el razonamiento a nuestro siglo.

Las motivaciones que tenía Dick para alejarse de lo convencional fueron muchas, de muy diversa índole, y se extendieron durante toda su vida. El



joven Phil comenzó devorando las revistas *pulp* en su niñez y adolescencia, llegando incluso a publicar algunos textos (*Regreso a Lilibut, Roog*), pero su interés por la ciencia-ficción disminuyó tras la educación secundaria, cuando amplió sus horizontes literarios y se planteó una carrera no restringida al género. Quizás influyó en ello la mala reputación que la ciencia-ficción tenía entonces, aunque eso no le impidió incluir el relato *Aquí Yace el Wub* en una de las más deleznable (según sus propias palabras) revistas: *Planet Stories*. Quizás, más probablemente, es que no era capaz de restringirse, que su mente iba siempre más allá. Tras *Aquí Yace el Wub* vino su primera novela publicada, *Lotería Solar*, y, de manera parcial, su sometimiento a las estrictas normas de la colección ACE, que daría al público sus siguientes trabajos: *El Tiempo Doblado, Planetas Morales, Ojo en el Cielo,...* Es decir, el Dick que comenzó a publicar tenía la cultura, preparación y capacidad suficientes para desarrollarse como escritor más allá de cualquier género, pero el hecho es que pronto encontró un cauce que le dejaba suficiente libertad para especular sobre lo que le interesaba de verdad, y ese cauce fue la ciencia-ficción. De hecho, sus obras de temática general fueron publicadas muy posteriormente, cuando ya había alcanzado el reconocimiento que merecía; la primera, *Confesiones de un Artista de Mierda*, apareció en 1975.

El alejamiento de lo convencional en toda su obra, y precisamente en la de ciencia-ficción, fue uno de los motivos del merecido prestigio que cosechó y que aún hoy obtiene. Mucho se ha escrito y elucubrado sobre la peculiar obra de Dick, sobre sus motivaciones y sus intenciones, sobre la influencia de lo que acontecía en su vida sobre su producción literaria, sobre su supuestos problemas psiquiátricos, o su genialidad. No voy a abundar en ello en este artículo. Me centraré, más modestamente, en uno de los temas que, siendo típicos de la ciencia-ficción de todos los tiempos (por supuesto de entonces; pero creo que continuará siéndolo durante todavía algún tiempo más), abordó Dick de la manera más original que quizás podía hacerse en su época, o al menos de la más alejada de la convencionalidad. Me refiero a los robots o máquinas inteligentes, o como él los llamó, los andróides o simulacros. Desde que él los incluyó en su obra, pocos autores han conseguido encontrar otra perspectiva igual de sugerente. Su aproximación no tuvo mucho de ciencia-ficción *Asimoviana*, como veremos en lo que sigue.

La dosis mensual de Dick está contraindicada en replicantes en cuanto que son.

Uno de los temas recurrentes en la literatura de Dick, por no decir el único del que manan todos los demás, es la preocupación por la naturaleza de la realidad. De entrada, esto le sitúa como un escritor de filosofía-ficción (si es que tal término no es redundante en sí mismo), en principio totalmente alejado de la especulación científica. Pero la filosofía, a pesar de

TEOREMA 2

área de ensayo

haber abandonado hoy su presencia en todos los aspectos de la vida tal y como la tenía en la era de su nacimiento, está detrás (y debajo, y en el fondo, y a todos los lados) de cualquier disciplina científica. Esto ha sido siempre así; de hecho la ciencia nació de la filosofía, lo cual no siempre se tiene en cuenta: cuando usamos la ciencia y la técnica como herramientas, sin preocuparnos por sus orígenes o significados profundos.

Pero la filosofía surge con toda su fuerza cuando la ciencia se enfrenta a sus propios límites. Esto sucede cada vez más evidentemente, dada la velocidad a la que la tecnología se desarrolla en nuestra época. Cuando los mismos fundamentos científicos son revisados, explorados, y algunas veces rediseñados, nos encontramos en el reino de la filosofía. En el límite, al borde mismo del abismo del conocimiento, el sagrado método científico llega incluso a ser sólo una posibilidad, no la imprescindible (y estable) base que creemos que es para el edificio que soporta a la humanidad moderna.

Sólo por ilustrar con algún ejemplo: la física de partículas estudia actualmente modelos que encajen en la "realidad" cuántica lo mejor posible, pero sin saber qué puede ser esa realidad y estando lejos de poder observar su veracidad, por lo tanto entrando de lleno en el terreno de la metafísica; la inteligencia artificial aún se pregunta, por mencionar sólo uno de los problemas que todavía no ha podido resolver, qué es la consciencia, y si podrá alguna vez reproducir ésta tecnológicamente (¿se puede imaginar una cuestión más filosófica?); la robótica más innovadora trata de dotar de inteligencia y autonomía (suponiendo que las ciencias cognitivas consigan dar una definición precisa de la primera: otro problema filosófico) a un sistema electromecánico; la psicología intenta establecer que la inteligencia humana necesita para desarrollarse de la interacción con otros seres humanos y con su entorno, algo que despierta ecos filosóficos (el ser no es sin otros seres; pero... ¿existe realmente alguien aparte de mí?).

No es de extrañar, por tanto, que dadas las inquietudes intelectuales de Dick, tratara muchos temas filosóficos en sus libros de ciencia-ficción. Puesto que desde que murió grandes avances han tenido lugar en los ámbitos antes mencionados, tampoco es de extrañar que los temas que trató Dick adquieran una especial relevancia en nuestros días. De hecho, no es muy arriesgado pronosticar que aún no han alcanzado toda su relevancia.

Dentro del mundo filosófico, de la naturaleza de la realidad y del individuo consciente, Dick trató el tema de las máquinas inteligentes. Aunque *máquina inteligente* es quizás hoy el término más apropiado para el significado que le atribuía Dick, y no *robot* (que es simplemente la máquina que desarrolla trabajo automáticamente) ni *androide* (robot con apariencia, que no inteligencia ni comportamiento, humana), el término no estaba tan claro en la época de Dick para describir a una construcción artificial autónoma con objetivos propios y capacidad de razonamiento, tampoco en el ámbito de la ciencia-ficción. En la literatura se hablaba de robots, y se entendía que eran robots con inteligencia humana o al menos comparable a

TEOREMA Z

área de ensayo

la humana (como en toda la obra de Asimov). Se hablaba de androides y se suponía algo parecido.

Dick rompió un molde más. Propuso un nuevo término, que reflejaba mejor que los otros sus preocupaciones filosóficas: *simulacro*.

Porque lo que a Dick le preocupaba de los robots no era si alcanzarían alguna vez la inteligencia (aún hoy los investigadores se preguntan si se podrá, por muchas escaleras que suban ante las televisiones de medio mundo los robots Asimo...), ni si conseguirían sobrepasar al hombre como la siguiente especie dominante en el planeta; no, a Dick lo que le preocupaba era la capacidad de las máquinas inteligentes *para ser indistinguibles de las personas*. Es decir, su capacidad de simularlas. (Ahora Dick diría: ... o la capacidad de ser ellos mismos, y demostrar así que nosotros somos los simulacros). Esto es un problema filosófico en toda regla, enlazado con: ¿qué es la realidad?; ¿existe algo fuera de mí que no soy yo?; ¿qué es ser humano?; ¿puedo decir que esa máquina no lo es?

En Marzo de 1972, invitado a dar una conferencia en la Convención de Ciencia Ficción de Vancouver, un ya veterano Dick expuso sus reflexiones sobre estas cuestiones, centrándose precisamente en qué podrá diferenciar a una máquina supuestamente inteligente de un ser humano. Nótese la confluencia de una típica temática de ciencia-ficción (cómo serán en el futuro las máquinas inteligentes) con la filosofía (cómo se puede distinguir lo humano de lo que no lo es). En la conferencia, titulada *The Android and the Human*, Dick desgrana con dosis iguales de humor y de amargura las características que según él serían propias de las máquinas inteligentes del futuro y no de los humanos. Las enmarco:

Primero, las máquinas inteligentes serán predecibles.

Segundo, las máquinas inteligentes serán esquizofrénicas.

Tercero, las máquinas inteligentes no sabrán como comportarse ante situaciones inesperadas.

Cuarto, las máquinas inteligentes no cambiarán a causa de experiencias traumáticas.

Quinto, las máquinas inteligentes no modelarán el mundo exterior creativamente.

Le sugiero al lector que compare estas conclusiones con las tres leyes de la robótica de Asimov, el núcleo básico que utilizó el autor que abordó más abundantemente la temática de los robots. El contraste es evidente. Lamentablemente, en cuanto a la validez científica de sus razonamientos, no hay que olvidar que los dos eran escritores, y ninguno ingeniero ni



matemático... (Asimov trabajó como bioquímico pero no llegó a desarrollar nada relevante como tal).

Si nota que el mundo se desvanece aunque ya ha tomado su dosis mensual de Dick, llame a la policía para que le retiren, por favor.

Déjenme por un momento ver hasta qué punto Dick acertó o no en sus predicciones.

La primera conclusión de Dick sobre los robots, que hemos enumerado arriba, es que los androides inteligentes serán predecibles, algo que nunca podrá esperarse de un ser humano. En su época era una conclusión lógica, y si me apuran, inevitable en base a los conocimientos que se estaban adquiriendo en el ámbito de la inteligencia artificial.

Pero las cosas han cambiado mucho desde entonces.

Hoy en día ha dejado de ser válida la máxima que se hizo ciertamente conocida hace décadas, según la cual cualquier máquina computacional sólo hará lo que se le programe para que haga, y nada más (mi ingenuo interés de niño era saber: entonces, ¿para qué demonios la programan? ¿No sería más barato contratar a alguien y evitarse así el trabajo *extra* de programarla?). Si bien es cierto que muchas, la mayoría, de las computadoras que se programan hoy en día cumplen esa máxima, y en contra de mi ingenuidad infantil, no dejan de ser útiles (se dedican a repetir el mismo trabajo programado una y otra vez sin, a saber: cansancio, requerimientos de salario, enfermedades, consumo excesivo de energía,...), no menos cierto es que hace años que se conocen herramientas computacionales que pueden hacer impredecible el comportamiento de una máquina, aunque en un sentido laxo: la máquina seguirá siendo determinista, pero se obtienen comportamientos no explícitamente programados. Hay técnicas que incluso permiten a la máquina adaptarse a su entorno y cambiar su comportamiento para mantener un funcionamiento óptimo, sin necesidad de especificar previamente esa evolución. Me refiero al área denominada "soft computing": redes neuronales, algoritmos genéticos, sistemas basados en lógica difusa, robótica probabilística, etc. Todas ellas, por otra parte, basadas en herramientas muy claramente formulables en lógica matemática. Y ahí está, para poner la guinda, la disciplina del Caos Matemático, el ejemplo más claro de modelado formal de sistemas no predecibles (el precioso cuento de la mariposa nerviosa del Pacífico y de la caprichosa tormenta del Atlántico, ¿recuerdan?).

Y eso no es lo mejor: esperen a que se hagan realidad los ordenadores cuánticos, donde los bits no sólo no son 1s ó 0s, sino que no hay manera de saber exactamente qué son... Entramos de lleno en el ignoto reino de lo indeterminista.

Por lo tanto, es dudoso que los robots inteligentes del futuro sean predecibles como afirmaba Dick, probablemente no será así. Desde luego, seguro que no *nos lo parecerá*.

TEOREMA 2

área de ensayo

La segunda conclusión que Dick expuso en su conferencia les habrá, quizás, llamado especialmente la atención: “toda máquina inteligente será esquizofrénica”. Dick se refería a que los androides inteligentes se comportarán como una personalidad esquizofrénica, es decir, todas sus acciones y reflexiones (si las tienen) estarán basadas en el raciocinio, y no en el sentimiento. La máquina no podrá sentir: sólo pensar. Por tanto estará mentalmente enferma según cualquier definición básica en psiquiatría de ese concepto.

Está por ver qué es sentir (las ciencias cognitivas no han dado con una definición unánime) y por lo tanto elucubrar sobre la segunda afirmación de Dick es arriesgado. De hecho, también está por ver qué es pensar, aunque de eso tenemos una idea algo más precisa...

Según algunos autores que investigan en robótica emocional (sí, se llama así, y no es ningún título sensacionalista), y según la psicología, los sentimientos despiertan emociones que nos ayudan a reaccionar ante situaciones en las que difícilmente podemos permitirnos el tiempo y esfuerzo de razonar lógicamente. Por ejemplo, si no tuviéramos emociones, no podríamos huir del león en un safari desastroso sin antes pararnos a reflexionar detenidamente cuál es la mejor ruta para escapar, lo cual acabaría con nuestros huesos seguramente bajo las zarpas del animal. Sin sentimientos, no podríamos darle la importancia necesaria a las situaciones dolorosas como para sobreponernos y aprender de ellas. Los sentimientos, emociones e instintos, en suma, nos sirven de guía irracional, y por supuesto aproximada, cuando la razón no encuentra una solución válida (porque no siempre la hay), encuentra demasiadas (y no sabe decidir cuál tomar), o simplemente no tiene sentido el aplicarla (el desamor, por ejemplo).

¿Podrán crearse “emociones artificiales”? Este tema es complicado. Ciertamente hay gente trabajando en ello, pero no hay un esquema claro de cómo conseguirlo. A fin de cuentas, las emociones y sentimientos sólo son mecanismos bioquímicos. Pero por otra parte, eso no los hace más explicables científicamente (como tampoco lo es la evolución social humana, que está basada en los mismos principios físicos a fin de cuentas). A favor de que se puedan crear emociones artificialmente: existen técnicas computacionales que permiten dar respuestas rápidas e inexactas en poco tiempo, como lo hacen las emociones, frente a las más óptimas y precisas del razonamiento lógico artificial. En contra de que eso se pueda conseguir: no sabemos qué estamos intentando crear, no sabemos qué es un sentimiento. Entonces, ¿a dónde estamos yendo?

Digamos que en este punto, el que quizás haya sorprendido más al lector de la lista de Dick, el autor tiene aún posibilidades de acertar. Pero dejemos que pasen unas décadas antes de saber la respuesta final.

En su tercera conclusión, Dick afirma que los robots inteligentes no sabrán cómo reaccionar ante situaciones inesperadas: que repetirán pautas de comportamientos previamente establecidas, de manera mecánica.

TEOREMA 2

área de ensayo

Bien, hoy en día es mayormente así. Sin embargo, también se están desarrollando técnicas relacionadas con los sistemas emergentes o sinérgicos (sistemas en los que sus componentes son simples pero las interacciones entre ellos hacen surgir comportamientos complejos no previamente establecidos) que permiten vislumbrar una esperanza. Quizás en el futuro tengamos máquinas capaces de adaptarse a nuevas situaciones de una manera no totalmente mecánica ni preestablecida.

En esto podemos ser algo más pesimistas, sin embargo. Un sistema computacional puede ser impredecible en un cierto sentido (como afirmé al principio de este apartado), pero algo muy distinto es ser *creativo*: diseñar autónomamente nuevos comportamientos no previstos, de donde no había elementos que pudieran dar lugar a ellos, es harina de otro costal. El problema de la creatividad artificial es que los sistemas computacionales son meros transformadores de información, es decir, no *entienden*, sino que gestionan y cambian la *forma* de la información que almacenan. Para entender esa información, hace falta una suerte de recursividad, de bucle extraño que haga reflexionar al sistema sobre sí mismo, lo que hoy en día no se sabe cómo implantar y que está por ver que pueda existir en una computadora. Esto es lo mismo que hablar de consciencia, y tiene una dificultad similar, es decir, enorme.

Esperemos, de nuevo, algunas décadas. Aunque creo que podemos permitirnos mientras tanto arrimarnos a nuestro escritor favorito.

En penúltimo lugar, Dick razonó que una máquina inteligente no podría aprender de una experiencia traumática, en el sentido de cambiar su esencia y su forma de interpretar la vida.

Efectivamente, eso requeriría el grado de introspección artificial que acabo de comentar, pero el aprendizaje artificial está muy avanzado hoy en día, y las máquinas que nos rodean son capaces de aprender bastantes cosas: a reconocer nuestros rostros, a predecir cursos de tormentas y el clima, a adaptarse para trabajar de manera distinta en entornos distintos (como algunos robots ya hacen), a distinguir entre los distintos modos de llanto de un bebé, a adaptarse a nuestra voz y sólo a ella, etc... Es posible que nunca puedan entender lo que hacen, es decir, ser conscientes de ello, pero no hay duda de que aprenderán cosas, y se adaptarán.

Ahí Dick no acertó, en mi opinión.

El último punto, al fin, ya lo he comentado: la creatividad es un asunto complicado para una máquina. Al menos, tal y como la entendemos los humanos (claro que no vendría mal que las ciencias cognitivas nos proporcionaran alguna buena definición *matemática* de creatividad, para empezar). Es posible que una máquina nunca sea creativa. Aunque no conviene negar que podamos conseguirlo. Hay una singularidad en el futuro a través de la que no podemos ver.



Confíe en su dosis de Dick y retomará las riendas de su vida.

Hasta aquí he tratado de analizar muy brevemente las conclusiones a las que Dick llegó en una conferencia dirigida a elucubrar sobre las diferencias entre un robot inteligente y un humano, dos décadas después de su muerte. Ahora me pregunto si Dick tuvo conocimiento de los trabajos del científico Alan Turing (el padre de la computación), que en su misma época inventó un test por el que sería posible saber si una máquina habría alcanzado el grado de inteligencia de un ser humano o no.

El test se basa en situar a un humano en una habitación, y a la máquina (o a otro ser humano, como mecanismo de control) en otra, comunicadas ambas por teclado y monitor, pero sin transmisión de voz ni de imagen entre ellas. A las preguntas del humano le llegarían respuestas desde la otra habitación, y si el interrogador fuera incapaz de distinguir entre esas respuestas y las que podría dar otro ser humano, entonces quien estuviera al otro lado tendría una inteligencia, ciertamente, equiparable a la de cualquier homo sapiens.

El test de Turing aún sigue establecido como un mecanismo básico para comprobar alguna vez (en el futuro, me temo) si una máquina es inteligente o no, aunque se han descrito algunas variantes. En cualquier caso, adolece de algún problema, como por ejemplo, el propio grado de inteligencia del humano que pregunta (supondremos eso subsanable), o si la imitación del comportamiento inteligente puede considerarse en sí misma inteligencia (un problema claramente filosófico). Incluso si el lenguaje necesario para la comunicación a ciegas entre dos habitaciones es un requisito para la inteligencia... (¿han pensado lo difícil que es a veces distinguir si un e-mail viene producido por alguien inteligente?).

Pues bien, sorprendentemente, Dick ya propuso su propio test, raramente considerado en la comunidad científica, en su quizás más famosa novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*: el test de Voigt-Kampff, que permitiría distinguir entre androides inteligentes y seres humanos con una alta tasa de efectividad.

El test de Voigt-Kampff se basa en someter al sujeto (el supuesto ser artificial) a preguntas que estimulen sus respuestas empáticas. Si esa empatía no se produce, se trata de un androide. Es decir: se le describe al androide con todo detalle una situación desagradable para un humano, moralmente indeseable, o que causa daño a otra persona sin motivo aparente. Se observa la reacción del androide. Se comprueba si realmente le afecta... Simple, ¿no? Dejando de lado las dificultades técnicas de implantar ese test, lo importante del sistema para nosotros es que Dick propuso, por supuesto, que la principal diferencia entre un androide y un humano sería *la falta de empatía del primero*.

Me parece una idea tan original que no quiero aburrir al lector con un sesudo análisis de si la empatía puede alguna vez ser alcanzada por la máquina o no.



Pero francamente: estoy convencido de que si alguna vez tenemos que distinguir entre un humano y un robot inteligente, ésa sería la mejor manera.

Dick, en la dosis habitual, no tiene incompatibilidades conocidas y es efectivo durante largos períodos de tiempo.

Aunque hay mucho más que se podría decir y analizar de cómo Dick aborda el tema de los robots inteligentes, no hay espacio para ello aquí, ni posiblemente en menos de una tesis doctoral. El pensamiento y la obra de Dick son lo suficientemente profundos y complejos como para ser objeto de estudio como así ha sido en otros lugares más apropiados.

Dick estuvo obsesionado por la realidad, por cómo afectaría a su noción de realidad (y a la fragilidad que ésta adquirió para él conforme pasaban los años) el hecho de convivir en el futuro con máquinas que mostrarán una alta inteligencia. Dick se preguntó si podríamos distinguir esas máquinas de seres como nosotros, pero no se quedó ahí: también se preguntó si nosotros podríamos considerarnos máquinas creadas por otros seres, si nuestra realidad también estaba manipulada y dirigida, si todas nuestras vivencias no eran sino una gran mascarada.

Dick necesitaba respuestas a esas preguntas, y las buscó toda su vida. Llegó a conclusiones interesantes, y en algunos aspectos arañó conocimientos que ahora estamos comenzando a comprender. Sin embargo, no pudo dejar de ser una persona de su época, y soñar en que sus robots, internamente, estarían accionados por mecanismos de relojería, sistemas homeostáticos y válvulas.

Los robots de hoy son mucho más sofisticados que eso, pero conceptualmente no muy diferentes. Hoy en día la robótica y la inteligencia artificial, a pesar de mantenerse estúpidamente separadas durante décadas, comienzan a confluir: cada vez está más sólidamente establecido que no se podrá conseguir una máquina inteligente que no tenga un cuerpo que interactúe con el mundo real... Es ya posible construir robots (incluso humanoides) con cierto grado de autonomía. Son capaces de adaptarse a su entorno, de aprender, de dar respuestas no previamente programadas (dentro de muchos límites), de colaborar entre ellos formando pequeñas sociedades, de simular en algunos casos con gran acierto un comportamiento inteligente.

La grandeza de Dick, como hemos visto antes, no es si acertó o no cuando trató de concretar cómo serían los robots inteligentes. Ni siquiera Julio Verne consiguió acertar en muchas cosas de esa manera.

La grandeza de Dick supera todo eso.

Consiste en que, décadas después de su muerte, los robots actuales SON SIMULACROS. Es decir, exactamente lo que él predijo en primer lugar. No entienden lo que hacen, no tienen consciencia. A pesar de que los robots invaden nuestro entorno, a pesar de que llegamos a compartir nuestras



vidas con computadoras que ya se empiezan a relacionar con nosotros (y no al revés, como hasta hace pocos años), todo lo que hay detrás de una máquina llamada hoy en día inteligente tiene que ver poco con la inteligencia humana. Por ahora, son perfectamente distinguibles las máquinas de los seres humanos, aunque éstas se construyan para engañarnos.

Ningún científico hoy en día puede asegurar que la inteligencia artificial puede conseguirse alguna vez para así romper nuestra capacidad de distinguir a un robot de un hombre. Nadie puede tampoco afirmar lo contrario. Estamos en ello. Trabajamos para ver si se puede conseguir. Nos hemos llevado grandes chascos y seguimos proponiendo formas de superarlos.

Lo que sí se puede asegurar, sin lugar a dudas, es que si los robots inteligentes llegan a ser una realidad, entonces tendremos que preocuparnos de un montón de interrogantes fundamentales para el ser humano: ¿son mejores o peores que nosotros?, ¿son seres morales?, ¿podemos tratarlos como esclavos mecánicos?, ¿tendremos empatía hacia ellos?

Y un sólo interrogante se alzaría bajo todos éstos, porque sin él, no habría lugar para los otros:

¿Se podrá distinguir a un ser humano de un robot inteligente? ¿... de un simulacro?

Cuando esto se plantee espero que alguien se acuerde de Dick.

Bibliografía

Capanna, P. (1990), *Idios Kosmos: Claves para Philip K. Dick*, revista electrónica Axxón nº 14.

Dick, P.K. (1972), *The Android and the Human*, conferencia en la Convención de Ciencia Ficción de Vancouver. Disponible en [<http://www.philipkdickfans.com/pkdweb/The Android and the Human.htm>]

Dick, P.K. (1989), *Aquí Yace el Wub (Cuentos Completos 1)*, Ediciones Martínez Roca, Gran Super Ficción.

Dick, P.K. (1992), *¿Sueñan los Androides con Ovejas Eléctricas?*, Edhasa.

Dick, P.K. (2001), *Lotería Solar*, Ediciones Minotauro.

Dick, P.K. (2003), *Simulacra*, Ediciones Minotauro.



Dick, P.K. (2004), *La Penúltima Verdad*, Ediciones Minotauro.

Hofstadter, D.R. (1979), *Gödel, Escher, Bach: an Eternal Golden Braid*, Basic Books.

Autor: Juan Antonio Fernández Madrigal; Málaga, España.

Artículo publicado en Especial Philip K. Dick, Libro Andrómeda número 10.

Teorema Z. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la presente obra en nuestra web con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.